

## NOTA DEL EDITOR

EL PRESENTE LIBRO NO PRETENDE SER UNA EDICIÓN ACADÉMICA DE todo el conjunto de la prosa de Anna Ajmátova, por la simple razón de que no incluye, por ejemplo, sus diarios ni cartas. No obstante, se trata de la edición más completa de la prosa de Ajmátova que se ha publicado en castellano, y contiene, al menos por lo que sabemos sus editores, todas las piezas de prosa que publicó durante su vida.

El libro se divide aproximadamente en cuatro secciones: prosa sobre los amigos y contemporáneos de Ajmátova (en su mayoría poetas); prosa sobre la propia experiencia vital de Ajmátova; prosa sobre la obra de sus grandes antecesores literarios (en particular Pushkin); y prosa sobre su propia poesía. Utilizo el adverbio “aproximadamente” dado que las secciones se solapan: incluso los ensayos sobre crítica literaria que son ejercicios de análisis textual poseen elementos autobiográficos; incluso los ensayos más personales no dejan de lado a otros autores, desde su adorado Pushkin hasta los poetas contemporáneos de fuera de la Unión Soviética.

Mucho más que en otros casos, Ajmátova *vivió* la vida de un poeta: el lector a menudo tiene la impresión de que, para ella, la vida está subordinada a la palabra. Buena prueba de ello es el encuentro con otra persona que aparece al principio de su gran poema sobre las

purgas estalinistas, *Requiem*. Ajmátova espera fuera de la prisión de Leningrado donde retienen a su hijo. Alguien la reconoce (Ajmátova utiliza la palabra «*opoznal*», «identifica», como si se tratase de un criminal en una rueda de reconocimiento policial). Una mujer que nunca le ha hablado se inclina hacia ella y susurra: «¿Podría usted describir esto?», a lo que Ajmátova responde: «Sí». La mujer sonríe, o, más bien «algo parecido a una sonrisa se descuelga sobre lo que antes había sido un rostro». Aquí, en mitad de los peores años de la historia de Rusia, la afirmación de que las palabras aún tienen el poder de llevar acabo el acto de describir una escena como la que viven es una razón para que florezca la esperanza: el lenguaje aún posee un poder casi místico.

Ajmátova existía a través del lenguaje. El lenguaje es un medio social; requiere un receptor, un público. Ajmátova tuvo la suerte de que su generación, la generación de Blok y de Pasternak y de Mandelshtam, de Tsvetáieva y Maiakovski, fuera tal vez la de mayor talento poético que se había visto en Rusia. También fue, como demuestran los artículos aquí reunidos, una de la más llena de disputas entre sus miembros. Se formaban grupos que daban pie al surgimiento de otros, que luego se fracturaban o volvían a reagruparse; escritores que se habían denunciado mutuamente en el medio escrito se volvían aliados; sutiles diferencias en posiciones teóricas eran la causa de descomunales peleas. Un breve resumen de la carrera poética de Ajmátova en relación con estos grupos podría clarificar tal vez algunas de las piezas que podrían resultar más oscuras al lector.

Ajmátova comenzó a publicar animada por su primer marido, Nikolái Gumiliov. Durante algún tiempo Gumiliov fue identificado como miembro del movimiento simbolista: él y Ajmátova frecuentaban el famoso salón literario «La Torre», cuyo anfitrión era Viacheslav Ivánov, uno de los poetas y teóricos del simbolismo más importantes, cabeza de un grupo llamado la Academia del Verso. Sin embargo, diferencias de opinión, en concreto un ataque crítico por

parte de Ivánov de uno de los poemas de Gumiliov (uno llamado, apropiadamente, «El hijo pródigo»), llevó a la formación de un grupo escindido, conocido como el Gremio de Poetas. El Gremio de Poetas no tardó en convertirse en el portavoz de lo que se conocería como Acmeísmo, un movimiento poético que insistía en la claridad y exactitud de la descripción, tanto como en una comunión internacional de poetas de todas las tradiciones y movimientos. (De muchas maneras, su modelo era el sofisticado europeanismo de principios del siglo diecinueve, el «*kratkost i tonkost*», la brevedad y la precisión promulgada por Pushkin). Al mismo tiempo, Ajmátova leía y aparecía con regularidad en el café bohemio del «Perro Errante», que era un lugar en el que se reunían todo tipo de poetas, incluyendo los escritores futuristas Vladímir Maiakovski y Velimir Jlébnikov.

El mundo literario en la Rusia de las décadas de 1910 y 1920, antes de que el control estatal se convirtiera en un problema, era un lugar en el que escritores con ideas y opiniones muy distintas se cruzaban entre sí: los retratos en ocasiones agudos de otros escritores que realiza Ajmátova (en concreto los antiguos coeditores de Gumiliov Serguéi Makovski y Serguéi Gorodetski) deben entenderse en este contexto.

Después de la imposición del modelo soviético en el mundo literario, y en concreto tras la formación del Sindicato de Escritores en 1932, la vida literaria en la Unión Soviética se volvió frenética, y en ocasiones recubierta de una persistente sospecha. Como antídoto de dicha forma de actuar, los recuerdos de Ajmátova sobre Ósip Mandelshtam han sido dispuestos en una posición destacada al principio de este volumen: no sólo se trata de un documento sobre la manera en la cual la vida poética podía aún existir en un ambiente en el que las más mínimas cortesías sociales desaparecían con preocupante rapidez (un ejemplo de tal decadencia: la afirmación desprovista de asombro por parte de Ajmátova, y por lo tanto terrible, de que «Una de las dos habitaciones de los Mandelshtam estaba ocupada por una persona que escribía denuncias falsas sobre ellos, y muy pronto se

les hizo imposible aparecer siquiera por su piso.» ¿En qué convierte algo así la vida diaria de un ser humano?), sino que también sirven como el registro de una amistad, y de cómo la amabilidad humana puede, en cierta medida, trascender todo aquello que la amenaza. Este ensayo, aunque por supuesto no se encuentre al mismo nivel emocional que las memorias de Nadezhda Mandelshtam sobre los tormentos y el eventual exilio de su marido, resulta a su manera y cuanto menos un documento conmovedor.

Ajmátova fue también, en cierta medida sin pretenderlo, una erudita. Sin pretenderlo, puesto que sus investigaciones literarias solo fueron el resultado de que se le prohibiera publicar poesía: existió una prohibición semi-oficial sobre publicar su obra entre 1922 y 1958, con un único momento para la esperanza en 1940, cuando apareció un libro con sus poemas sólo para ser retirado de la venta unos cuantos días más tarde. El presente libro congrega todos los ensayos literarios sobre Pushkin, que constituyen el principal fruto de este período de forzosa actividad académica. Ajmátova fue el primer estudioso en identificar una serie de temas que ahora son clave para el estudio de Pushkin: además de constituir una respuesta poética de un escritor a otro, uno que ella reverenciaba de forma especial (uno de los únicos puntos de conflicto con Mandelshtam tienen lugar cuando ella se refiere a su «relación inaudita» con Pushkin), se trata de ensayos que demuestran su absoluto dominio de las fuentes literarias, desde las notas manuscritas de Pushkin pasando por sus vastísimas lecturas.

Por último, Ajmátova habla sobre su propio trabajo. Durante los últimos veinticinco años de su vida se dedicó a trabajar en su monumental *Poema sin héroe*, que pasó por varias redacciones y reescrituras, cada vez adquiriendo más capas de significado. Dicho poema a menudo resulta imposible de digerir para los admiradores de la obra más directa, más tradicional, de Ajmátova. Los traductores de una reciente edición en castellano se refieren con sutileza a su «leve hilo narrativo»; el caso es que, sin ninguna explicación adicional, hay partes que resultarían incomprensibles. Es posible que Ajmátova

no sea la guía más apropiada para su propio texto, dado que en ciertos momentos parece creer que escribe de una forma bastante más inteligible de lo que hace en realidad; sin embargo, sus notas y breves ensayos reunidos bajo el común título a lo largo de varios cuadernos de notas de *Prosa sobre el Poema*, es un acompañamiento indispensable a su obra maestra.

La introducción de un editor siempre debería terminar dando las gracias: a Luna Miguel por su prólogo, que introduce a la poeta como sólo otra poeta podría hacerlo; a Zuri Negrín, por su diseño; y sobre todo a Joaquín Torquemada Sánchez, Vladímir Aly, María García Barris, y Marta Sánchez-Nieves, cómplices traductores que han vertido la prosa de Ajmátova a un castellano fiel, y hermosamente enunciado.

JAMES WOMACK

MADRID, NOVIEMBRE DE 2012



# PROSA



## SOBRE MANDELSHTAM

### I

...28 DE JULIO DE 1957

...y la muerte de Lozinski de alguna forma cortó el hilo de mis recuerdos. No me atrevo más a recordar algo que él ya no puede confirmar (sobre el Taller de los Poetas, el acmeísmo, la revista *El Hiperbóreo*, etc.). A causa de su enfermedad, los últimos años nos hemos visto muy poco, y no me dio tiempo a acabar una conversación muy importante y a leerle mis versos de los años treinta (es decir, *Réquiem*). Probablemente por eso él, en cierta medida, me creía igual a la que una vez conoció en Tsárkoie Seló. Lo que quedó aclarado en 1940, mientras mirábamos juntos las galeradas de la antología *De seis libros*.



Algo parecido sucedió con Mandelshtam (quien, claro está, conocía todos mis versos), pero de otra manera. No sabía recordar; o, más bien, hacerlo para él era un proceso al que no le pondré nombre ahora, sin duda cercano a la creación. (Un ejemplo: San Petersburgo

en *El ruido del tiempo* visto con los ojos resplandecientes de un niño de cinco años.)

Mandelshtam fue uno de los interlocutores más brillantes: se escuchaba y se respondía no solo a sí mismo, tal como hacían casi todos. Al hablar era cortés, agudo e infinitamente variado. Nunca oí que se repitiera o que aburriera con temas manidos. Ósip Mandelshtam aprendía idiomas con increíble facilidad. Recitaba de memoria en italiano páginas y páginas de *La divina comedia*. Poco antes de morir le pidió a Nadia que le enseñara inglés, del que no sabía nada. De poesía hablaba deslumbrando, con pasión, y a veces era extraordinariamente injusto, por ejemplo con Blok. De Pasternak decía: «Pienso tanto en él que estoy hasta cansado» y «Estoy seguro de que no ha leído ni una sola de mis líneas». De Marina: «Soy anti-Tsvetáieva».

La música era su casa, lo que es una peculiaridad realmente rara. Lo que más temía en el mundo era su propia mudez. La llamaba asfixia. Cuando lo sorprendía, se agitaba horrorizado e inventaba motivos absurdos para explicar el desastre.

Su segunda y frecuente aficción eran los lectores. Continuamente le parecía que gustaba justo a los que no debía. Sabía bien y recordaba versos ajenos, a menudo se quedaba prendado de líneas sueltas, memorizando con facilidad lo que le leían. Por ejemplo:

Sobre el barro caliente por el trote de los caballos  
Cae el vestido blanco del hermano de la nieve...\*  
Solo lo recuerdo con su voz. ¿De quién es?

Le gustaba hablar de lo que él llamaba su «adoración a los ídolos». A veces, deseando entretenerme, me contaba disparates agradables. Como los versos de Mallarmé «*La jeune mère allaitant son enfant*» que en su primera juventud había traducido así: «La joven madre que

\* Cita incorrecta de unos versos de Tijon Vasílievich Churilin. (N. de la T)

amamanta en sueños»<sup>†</sup>. Nos hacía reír tanto que caíamos sobre el diván de «Tuchka»<sup>‡</sup>, al que le sonaban todos los muelles, y soltábamos carcajadas hasta que nos daba un síncope, igual que a las muchachas de la pastelería en el *Ulises* de Joyce.

Conocí a Ósip Mandelshtam en «La Torre» de Viacheslav Ivánov durante la primavera de 1911. Entonces era un muchacho flacucho con un lirio de los valles en el ojal, con la cabeza bien alta, de ojos llameantes con pestañas larguísimas. Lo vi por segunda vez en casa de Tolstói en Staro-Neviski, él no me reconoció y Alekséi Nikoláievich se puso a indagar sobre la mujer de Gumiliov, y él le mostró con las manos cómo era de grande el sombrero que yo había llevado puesto. Me asusté por si sucedía algo irreparable y me anuncié.

Ese fue mi primer Mandelshtam, el autor del tierno *Piedra* (ed. Akmé) con esta dedicatoria: «A Ania Ajmátova, chispazos de conocimiento en la desmemoria de los días. Respetuosamente, el Autor».

Con esa ironía encantadora propia de él, a Ósip le gustaba contar que el viejo judío dueño de la tipografía donde se había impreso *Piedra*, al felicitarle por la aparición del libro, le había estrechado la mano y dicho: «Joven, va a ir escribiendo cada vez mejor».

Es como si lo viera entre el humo-niebla ligero de la isla Vasílievski y en el antiguo restaurante Kinshi (esquina de la Segunda Linia con la avenida Bolshói; ahora aquí hay una peluquería), donde según la leyenda una vez Lomonósov se gastó un reloj del Estado en bebida, y a donde nosotros (Gumiliov y yo) a veces íbamos a desayunar desde «Tuchka». En «Tuchka» no hubo ninguna reunión ni podría haberla habido. No era más que la habitación de estudiante de Nikolái Stepánovich, donde no había ni donde sentarse. La descripción *five-o'clock* en «Tuchka» (Gueorgui Ivánov, «Poetas») es inventada, desde

<sup>†</sup> En francés, la joven madre que amamanta su hijo. Mandelshtam juega con el posesivo francés *'som'*, sueño en ruso. (N. de la T.)

<sup>‡</sup> Literalmente 'nubecilla', nombre con el que Gumiliov y Ajmátova llamaban a la habitación en la que vivían en la travesía Tuchkova. (N. de la T.)

la primera a la última palabra. N. V. Nedobrovo nunca traspasó el umbral de «Tuchka».

Este Mandelshtam es el colaborador generoso, si no el coautor de *Antología de tonterías clásicas*, que los miembros del Taller de los Poetas compusieron (casi todos excepto yo) durante una cena: «Lesbia, ¿dónde has estado?», «El hijo de Leónidas era un avaricioso».

¡Viajero! ¿De dónde vienes? —He ido a visitar a Shilei\*  
Vive divinamente el hombre, come ganso a mediodía,  
Roza con la mano un botón y la luz se enciende sola.  
Si gente así vive en la Cuarta Rozhdéstvenskaia,  
Viajero, respóndeme, te lo suplico, ¿quién vive entonces  
en la Octava?

Creo recordar que es un trabajo de Ósip. Zenkévich es de la misma opinión.

#### Epigrama sobre Ósip

Ceniza en el hombro izquierdo, y calla —  
¡El horror de sus amigos! — El áureo-dentado.  
(Era «El horror del mar — el unidentado»).

Quizá fuera Gumiliov quien lo compuso. Cuando fumaba, Ósip siempre lanzaba la ceniza como por encima del hombro, y siempre crecía un montículo de ceniza en su hombro.

Quizá merezca la pena guardar los fragmentos de la parodia compuesta por el Taller de un soneto famoso de Pushkin («El severo Dante no despreciaba un soneto»):

Valere Brussof† no despreciaba un soneto,  
Ivánov coronas con ellos trenzaba,  
Las dimensiones le gustaron al esposo de Aneta,  
No era peor cuando Voloshin refunfuñaba.

\* Shileiko, segundo marido de Ajmátova. (N. de la T.)

† Nombre afrancesado del poeta Valeri Yákovlevich Briúsov (N. de la T.)

Y muchos poetas quedaron prendados,  
Kuzmín lo eligió como cochero  
Cuando, tras olvidar raquetas y volantes,  
Galopaba en pos de Blok, pero no llegó.  
Vladímir Nárbut, ese lobo auténtico,

*No recuerdo*

..... con levita metafísica envuelto  
Y opina que Zenkévich ha faltado  
Al rocío diamantino de Morávskaja.

Todos los versos (letrillas) sobre esos viernes (creo que son de V.  
V. Guippius):

I

Cada viernes en *El Hiperbóreo*

Florece las rosas literarias

.....

Saca a la luz Mijaíl Lozinski,

Entre cigarros y risas,

Acariciando con su mano gigantesca

A su criatura periodística.

2

Tiene Nikolái Gumiliov

La pata en alto,

Lanzando perlas

Para la siembra romántica,

Y que en Tsárskoie llore fuerte Leva,

Que tiene Nikolái Gumiliov

La pata en alto.

3

Con mirada triste y seductora

Mira Ajmátova a todos.

Es un desmán verdadero

Su piel fragante.

Mira a los ojos de los silenciosos invitados

.....  
.....

4

..... Mandelshtam Iósif,

En un landó acmeista subido...

Hace poco se han encontrado unas cartas de Ósip Mandelshtam a Viacheslav Ivánov (año 1909). Son las cartas de un participante en la *Proakademia*\* (en «La Torre»). Es el Mandelshtam simbolista. De momento no hay huellas de que Viacheslav Ivánov le respondiera. Las escribió un chico de dieciocho años, pero podría jurarse que el autor de estas cartas tiene cuarenta. Hay infinidad de versos. Son buenos, pero no tienen lo que nosotros llamamos Mandelshtam.

Las memorias de la hermana de Adelaida Guertsyk confirman que Viacheslav Ivánov no nos aceptaba a todos nosotros. En 1911 Mandelshtam no tenía ninguna consideración por Viacheslav Ivánov. El Taller boicoteaba la Academia del Verso. Un ejemplo:

Viacheslav, Veslav Ivánov,  
De cuerpo sólido como una nuez,  
la Academia de divanes  
Ha lanzado una rueda al Taller....

Cuando en 191[4]<sup>†</sup> Viach. Ivánov llegó a San Petersburgo, estuvo en casa de los Sologuby en la calle Raziézhaiá. Una tarde excepcionalmente solemne y una cena espléndida. En el salón Mandelshtam se me acercó y me dijo: «Me parece que un *maitre* es un espectáculo grandioso, pero dos ya es un poco ridículo».

\* Se le dio este nombre a la primera reunión de la Sociedad de los Defensores de la Palabra Artística (ORJS en sus siglas en ruso) o Academia del Verso, cuyas sesiones se celebraron en «La Torre» de V. Ivánov y que más tarde se trasladarían a la redacción del periódico *Apolón*. (N. de la T.)

† La fecha se ha podido precisar gracias a la ayuda de N. V. Kotreliev.

En los años diez, naturalmente, nos encontrábamos en todas partes: en las redacciones, en casa de conocidos, en los viernes de *El Hiperbóreo*, es decir, en casa de Lozinski, en El Perro Errante, donde, por cierto, me presentó a Maiakovski. Una vez en «El Perro», mientras todos cenaban ruidosamente y resonaba la vajilla, a Maiakovski se le ocurrió la idea de recitar versos. Ósip Mandelshtam se le acercó y le dijo: «Maiakovski, deje de recitar versos. No es una orquesta rumana». Ocurrió delante de mí (1912-1913). El ingenioso Maiakovski no fue capaz de responder, algo que contaba de forma muy cómica Járdzhiev. [También nos encontrábamos] en la Academia del Verso (la Sociedad de los Defensores de la Palabra Artística, donde reinaba Viacheslav Ivánov) y en las reuniones hostiles a la Academia, las del Taller de los Poetas, donde muy pronto Mandelshtam se convirtió en el primer violín. También entonces escribió el enigmático (y no muy acertado) poema sobre «Un ángel negro sobre la nieve». Nadia [N. A. Mandelshtam] afirma que trata de mí.

Respecto a ese ángel negro el asunto es, creo yo, bastante complicado. El poema es flojo e incomprensible para el Mandelshtam de entonces. Me parece que nunca fue publicado. Por lo visto, es el resultado de unas conversaciones con V. K. Shileiko, que le dijo algo parecido sobre mí. Pero Ósip por entonces «no sabía» (la expresión es suya) escribir versos «a una mujer y sobre una mujer». «Un ángel negro» es, probablemente, un primer ensayo, y así se explica su cercanía a mis líneas:

Afiladas son las alas de los ángeles negros,  
Pronto llegará el Juicio final,  
Hogueras carmesíes  
Como rosas crecen sobre la nieve.

Esos versos Mandelshtam nunca me los recitó. Es sabido que las conversaciones con Shileiko le inspiraron el poema «El egipcio».

Gumiliov valoró a Mandelshtam enseguida y bien. Se habían conocido en París. (Ver. el final del poema de Ósip sobre Gumiliov.)

Allí se decía que Nikolái Stepánovich iba empolvado y con sombrero de copa:

Pero en Petersburgo el acmésta me es más cercano  
Que el romántico Pierrot de París.

Los simbolistas nunca lo aceptaron.

Además, Ósip Emílievich solía venir a Tsárskoie. Cuando se enamoraba, lo que sucedía con bastante frecuencia, varias veces me convertí en su confidente. La primera que se quedó en mi memoria fue Anna Mijáilovna Zélmanova-Chúdovskaia, una pintora muy bella. Ella lo pintó sobre un fondo azul con la cabeza hacia atrás (¿en 1914?), en la calle Alekséevskaia. Él no le escribió versos a Anna Mijáilovna, de lo que incluso él se me quejó amargamente: todavía no sabía escribir versos de amor. La segunda fue Tsvetaíeva, a quien iban dirigidos los versos de Crimea y de Moscú; la tercera, Salomeia Andrónikova (Andréieva, y ahora Galpern, a la que Mandelshtam inmortalizó en el libro *Tristia*: «Cuando, Solóminka, no duermes en la enorme alcoba...»). Recuerdo aquella espléndida alcoba de Salomeia en la isla Vasílievski).

Ósip Mandelshtam fue, en efecto, a Varsovia, y allí lo dejó estupefacto el gueto (M. A. Zenkevich también recuerda esto), pero del intento de suicidio que cuenta Gueorgui Ivánov ni siquiera Nadia ha oído hablar, y lo mismo sucede con su hija Lípochka, a la que se supone que ella dio a luz.

Al principio de la Revolución (año 1920), en un tiempo en que yo vivía en completa soledad y ni siquiera lo veía a él, estuvo un tiempo enamorado de Olga Arbénina, actriz del teatro Aleksándrovski, que se había convertido en la mujer de Yúrkin, y le escribió versos («Por no haber podido tus manos...», etc.). Parecía que los originales se habían perdido, sin embargo yo los vi hace poco en casa de X.

A todas estas señoritas de antes de la Revolución (por cierto que me temo que a mí también) muchos años después las llamó «dulces europeas»:

Y de las bellas de entonces, de esas europeas dulces  
Cuánta confusión, esfuerzo y pena habré recibido

A Olga Vaksel le dirigió unos versos admirables: «En su fría cama de Estocolmo...». Y también: «Si quieres, me quito los *valenki*\*».

En los años 1933-34, Ósip Mandelshtam estuvo tempestuosa y brevemente enamorado, sin ser correspondido, de María Serguéievna Petrovyj. A ella está dedicado, dirigido para ser más exactos, el poema «Turca» (el título es mío), para mí el mejor poema de amor del siglo XX («Maestra de miradas culpables...»). María Serguéievna dice que había otro poema absolutamente mágico sobre una flor blanca. El manuscrito, por lo visto, se ha perdido. Algunas líneas M. S. las sabe de memoria.

Espero que no haya que recordar que esta lista al estilo de un Don Juan no supone una enumeración de las mujeres de las que Mandelshtam fue íntimo.

La dama que «miró por encima del hombro» era a la que llamaban Biaka (Vera Artúrovna), por entonces compañera de S. Yu. Sudeikin, y actualmente esposa de Ígor Stravinski.

En Vorónezh Ósip trabó amistad con Natasha Shtémpel.

La leyenda de su entusiasmo por Anna Rádlova no tiene ninguna base.

El *archistrategos* entró en el iconostasio...  
En la calma nocturna olía a Valeriana  
El *archistrategos* me hace preguntas,  
Para qué quieres tus ... trenzas  
Y el raso radiante de tus hombros...—

es una parodia de los versos de Rádlova, la compuso para divertirse maliciosamente y no *par dépit*, y con espanto fingido me cuchicheé en casa de alguien: «¡Le ha llegado al *archistrategos*!», es decir, que alguien había informado a Rádlova de la poesía.

\* Botas de lana y caña alta, el calzado ruso por excelencia para el invierno. (N. de la T.)

Los años diez fueron un tiempo muy importante en la obra de Mandelshtam, sobre esto todavía hay mucho que pensar y escribir. (Villon, Chadáiev, el catolicismo...). Sobre su contacto con el grupo «Guilea»\*, deben verse las memorias de Zenkévich.

Mandelshtam frecuentaba bastante las reuniones del Taller, pero para el invierno de 1913-14 (tras la derrota del acmeísmo), empezamos a hartarnos del Taller e incluso presentamos a Gorodetski y a Gumiliov una demanda, escrita por Ósip y por mí, para cerrar el Taller. Gorodetski redactó la resolución: «Hay que colgarlos a todos y encerrar a Ajmátova. Málaia, 63». Esto ocurrió en la redacción de *Apuntes del Norte*.

Como recuerdo de la estancia de Ósip en San Petersburgo en 1920, aparte de los maravillosos versos a O. Arbénina, han quedado los carteles aún vivos de esa época, descoloridos como estandartes napoleónicos, sobre las veladas de poesía donde el nombre de Mandelshtam está al lado de los de Gumiliov y Blok. Todos los viejos letreros de San Petersburgo estaban aún en sus sitios, pero detrás de ellos no había nada excepto polvo, tinieblas y un vacío entreabierto. Tifus, hambre, fusilamientos, oscuridad en los pisos, leña húmeda, gente hinchada hasta ser irreconocibles. En el mercado se podía reunir un ramo grande de flores silvestres. Se pudrían las célebres fachadas laterales de San Petersburgo. De las ventanas del sótano de Kraft aún llegaba olor a chocolate. Todos los cementerios habían sido saqueados. No es solo que la ciudad hubiera cambiado, sino que se había transformado completamente en su antítesis. Pero a la gente le gustaba la poesía (mayormente a los jóvenes) casi tanto como ahora, es decir, en 1964.

En Tsárskoie, que por aquel entonces era Détskoie del camarada Uritski, casi todos tenían cabras; no sé por qué pero todas ellas se llamaban Tamara.

\* Pronunciación rusa de Hylea, nombre griego de la región de Táuride, en la desembocadura del Dniéper, donde crecieron los hermanos Burliuk, poetas, pintores y cofundadores de uno de los primeros grupos futuristas, del que formaron parte Jlébnikov y Maiakovski, entre otros. (N. de la T.)

En los años veinte Tsárskoie era algo inimaginable. Todas las cercas habían sido quemadas. Encima de las tapas abiertas de las cañerías estaban las camas oxidadas de los puestos médicos de la Primera Guerra; la hierba invadía las calles, caminaban y vociferaban gallos de todos los colores... La puerta cochera de la casa, hasta hace poco magnífica, del conde Stenbock-Fermor estaba adornada con un cartel enorme: ACABALLADERO. Pero cada otoño en la calle Shirókaia los robles, los testigos de mi infancia, tenían el mismo olor a acre, y los cuervos en las cruces de la catedral gritaban lo mismo que yo oía cuando caminaba por el jardín de la catedral hacia el *gimnasium*, y las estatuas en los parques miraban igual que en los años diez. En las figuras harapientas y terribles a veces reconocía a habitantes de Tsárskoie Seló. El mercado estaba cerrado.

Todos los compases y las liras de piedra... —

toda la vida me ha parecido que Pushkin estaba hablando de Tsárskoie Seló. Y más emocionante aún:

A las magníficas tinieblas de un jardín ajeno, —

es la línea más insolente que alguna vez haya leído u oído (sin embargo «oscuridad sagrada» no está mal).

#### ESBOZO DEL NATURAL

En lo que respecta al poema «De perfil», la historia es esta. En enero de 1914, Pronin organizó una gran velada en El Perro Errante, pero no en su sótano, sino en una sala grande en la calle Koniúshennaia. Los visitantes habituales se perdían allí entre la multitud de personas «extrañas» (es decir, ajenos a cualquier tipo de arte). Hacía calor, había mucha gente y ruido, la situación era bastante absurda. Al final nos hartamos y nos fuimos (unos veinte o treinta) al «Perro» de la plaza Mijáilovski. Estaba oscuro y fresco. Yo estaba de pie en la tarima y hablaba con alguien. Algunos en la sala se pusieron a pedirme que recitara versos. Recité algo sin cambiar de postura. Se acercó Ósip:

«Tal como se erguía, así ha recitado», y algo más sobre el pañuelo (v. sobre Mandelshtam en las memorias de V. S. Sreznévskaja). Otro esbozo del natural era la cuarteta «Los rasgos del rostro desfigurados». Mandelshtam y yo estábamos en la estación de Tsárskoie Seló (años diez). Miraba a través del cristal de la cabina mientras yo hablaba por teléfono. Cuando salí, me recitó esas líneas.

#### SOBRE EL TALLER DE LOS POETAS

Reuniones del Taller de los Poetas desde noviembre de 1911 hasta abril de 1912 (es decir, nuestro viaje a Italia): aproximadamente quince reuniones (tres al mes). Desde octubre de 1912 hasta abril de 1913, aproximadamente diez reuniones (dos al mes). (No es poca ganancia para *Los trabajos y los días*, que, por cierto, me parece que nadie los estudiaba.) Yo (¡la secretaria!) enviaba las convocatorias; Lozinski me hizo una lista con las direcciones de los miembros del Taller. (Le di esta lista al japonés Narumi en los años treinta.) En todas las convocatorias se pintaban unas liras. También aparece en la tapa de mi *Tarde*, en *Púrpura silvestre* de Zenkévich y en *Fragmentos escitas* de Yelizaveta Yúrievna Kuzminá-Karaváieva.

#### EL TALLER DE LOS POETAS, AÑOS 1911-1914

Gumiliov y Gorodetski, síndicos; Dmitri Kuzmín-Karaváiev, legado; Anna Ajmátova, secretaria; Ósip Mandelshtam, Vladímir Nárbut, M. Zenkévich, L. Bruni, Gueorgui Ivánov, Adamóvich, Vas. Guippius, M. Morávskaja, Yelizaveta Kuzminá-Karaváieva, Cherniavski, M. Lozinski. Primera reunión en casa de los Gorodetski en Fontanka: estaban Blok, los franceses... La segunda fue en casa de Liza [Kuzminá-Karaváieva] en la plaza Maniéznaia, después en la nuestra en Tsárskoie (Málaia, 63), en la de Lozinski en la isla Vasílievski, donde Bruni en la Academia de las Artes. El acmeísmo se determinó en nuestra casa de Tsárskoie Seló (Málaia, 63).